

MARCO AURELIO

En pocos hombres se ha dado una relación tan íntima entre acción y pensamiento como en el emperador Marco Aurelio, el alma más noble que haya existido, en expresión de Hipólito Taimé. No puede comprender el ejemplo de su vida si se ignora los principios en los que echó raíces, ni es dable apreciar en su justo valor la enseñanza vital que nos legó, en sus soliloquios si se desconoce el comentario que les fue pergeñando con su diario vivir, a lo largo de las fases de su incómoda existencia. Una biografía de Marco Aurelio, por somera que sea, es introducción indispensable a la mejor inteligencia de ese diario íntimo que son sus *Soliloquios*, especie de meditaciones dedicadas a sí mismo, que suele conocerse también con el título de *Pensamientos*. Escrito en más de una ocasión en la tienda de campaña, entre uno y otro combate contra el bárbaro invasor, es el fruto de los exámenes de conciencia a que solía someterse, haciendo un alto a sus tareas de emperador, para calibrar sus progresos en el ejercicio de la virtud.

Marco Aurelio nació en Roma, el 26 de abril del año 121 de la Era cristiana durante el segundo consulado de su abuelo. Su bisabuelo era oriundo de Succubo, en la provincia española de la Bética; fue el primero de su linaje en trasladarse a la urbe, donde llegó a alcanzar la dignidad de pretor. El hecho de que la familia procediese de la actual Andalucía confiere verosimilitud al parentesco de Marco Aurelio con el emperador Adriano, originario de Itálica, en esa misma provincia. Por otra parte, Marco estaba también emparentado con Antonia Pío, a través de la mujer de éste, Ania Galeria Faustina.

Marco Aurelio recibió a su nacimiento, con el *praenomen* de Marcus, el nombre de su abuelo materno, Catilius Severus. A la muerte de su padre llevó el de Marcus Anius Verus. Convertido en emperador se hizo llamar Marcus Aurelius Antoninus. Comúnmente se le conoce como Marco Aurelio.

La familia del futuro emperador, establecía ya en Roma, habitaba en el monte Celio una suntuosa mansión circundada de jardines. Marco Aurelio perdió prematuramente a su padre Anio Vero, más no tanto que no recordara su modestia y varonil carácter. En su educación de adolescente desempeño importante papel el ejemplo viviente de su abuelo, hombre imperturbable y de honestas costumbres. De su madre, Domicia Lucila, aprendió a ser liberal y generoso, a menospreciar el lujo y a vivir con frugalidad, a abstenerse no sólo de hacer el mal, pero hasta de dar cabida a los malos pensamientos. Aquella noble y rica romana aunaba a su belleza corporal el encanto de un espíritu cultivado. Manejaba con tal perfección la lengua griega que el propio Frontón, tan erudito y elegante, se sentía cohibido cuando le escribía en aquel idioma. Temerosa de que a su hijo, que había nacido enclenque, pudiesen perjudicarle la rudeza y la promiscuidad de las escuelas públicas, evitó Domicia que las frecuentara y le educó en el seno del hogar con el concurso de los más selectos profesores.

Ya su ayo le acostumbró, desde pequeño, a no apasionarse por los espectáculos circenses, al contentarse con poco, a hacer las cosas por sí mismo, a no comprender demasiados trabajos a la vez, a no prestar oídos a chismes y calumnias.

No obstante su frágil salud, pudo, merced a la sobriedad de su régimen y la regularidad de sus costumbres, soportar una vida de trabajo y de fatiga. Desarrolló su naturaleza con una educación esencialmente naturista, en el mar, en el campo, en la montaña. Al propio tiempo se le trazó un amplio plan de estudios y de ejercicios, que iba desde el juego de pelota hasta la retórica, desde el arte de cazar jabalíes, deporte favorito de su adolescencia, hasta el cultivo de la filosofía. Con tal método pedagógico atendió tanto a la más completa formación de su espíritu como al armonioso desarrollo de sus miembros. Y ya desde su infancia llamó la atención el futuro emperador por su gravedad natural, por su sinceridad sin restricciones –que movió al propio Adriano a jugar con el nombre que entonces llevaba Marco Aurelio, llamándole Verissimus en lugar de Verus–, por acrecentarse con los años, por los estudios filosóficos.

Caballero a los seis años, miembro del colegio de los sacerdotes a los ocho, al cumplir los doce se obstinó en cambiar la toga blanca y bordada de púrpura que vestían los hijos de los patricios por el manto de grosera lana que distinguía a los filósofos. Y, a despecho de su salud precaria, se empeñó en vivir en consonancia con las normas austeras y rigurosas del ascetismo estoico.

A la educación literaria propia de la época, consistente en la lectura y comentario de los poetas y de los grandes prosistas, añadió Marco Aurelio la formación estética que proporcionan la música, el canto y la danza. Diognetes, un maestro pintor estoico le mostró cuánto servía el estudio de los colores y las formas para admirar y entender las obras de la naturaleza.

Un tal Alejandro le dio clases de gramática, al par que le aconsejaba no agraviar a nadie a causa de un solecismo, y Herodes Ático el orador más ilustre de su tiempo, lo ejercitó en la elocuencia griega. El derecho lo estudió con Volusio Metiano, jurista que gozó de gran consideración en sus días.

De sus maestros de retórica, el más ilustre y más querido fue Cornelio Frontón, que lo formó desde su adolescencia en el arte de hablar y de escribir y siguió influyendo en él hasta la madurez del discípulo. De este hombre incorruptible aprendió que la tiranía engendra la falsedad y la envidia y que los aristócratas valen, por lo común, menos que los demás ciudadanos. La amistad entre estos dos espíritus señeros no se amenguó ni siquiera por el hecho de que Frontón, orador apasionado por su arte, desplegó vanos esfuerzos por conquistar a su alumno para la retórica, sustrayéndolo al estudio de la filosofía.

Porque ésta, que no las letras ni las artes, era la que solicitaba la voluntad del futuro emperador desde su más temprana edad. Y como, el espíritu de su época y las aspiraciones del medio en que vivía propendían fuertemente al estoicismo, fue a esa doctrina tan adecuada el robusto y activo temperamento de los romanos, a la que se adhirió; Marco Aurelio. Sin menospreciar las enseñanzas del platonismo y del peripatetismo, que le imbuyeron. Máximo de Tiro y Claudio Severo sus maestros favoritos fueron, sin embargo, los representantes de la doctrina del Pórtico.

Junio Rústico, miembro de una ilustre familia romana, lo arrancó definitivamente de los estudios retóricos para afianzarlo en la disciplina estoica. Conforme a ese espíritu le enseñó a corregir el propio carácter, a vigilar las naturales inclinaciones, a no con entusiasmo por la sofística, a no hacer ostentación de su actividad pública, a no conceder importancia al atuendo ni a mil otras vanidades, a leer con atención, a escribir sin afectación a mostrarse siempre dispuesto al perdón y a la indulgencia. Por Epicteto. Marco tuvo siempre a Rústico en alta estima. Le consultaba sobre problemas de Estado; saltándose el protocolo, le saludaba al encontrarlo antes que a los oficiales y cortesanos; lo elevó en dos ocasiones a la dignidad consular y le confió durante muchos años el importante cargo de prefecto de Roma.

Estoico era también Apolonio de Calcedonia, a quien Antonio hizo llamar de Siria a Roma. Hombre decidido, sin dejar de ser moderado, paciente y modesto, le enseñó a vivir libre y animoso a dejarse guiar por la razón y a conservar un ánimo siempre igual ante la adversidad y la desgracia.

En la filosofía de la Estoa fue asimismo adoctrinado por un sobrino de Plutarco, Sexto de Queronea, quien le aclaró en particular la noción de vivir de acuerdo con la naturaleza; por Cina Catulo, que le inculcó el culto por la amistad y el amor a los niños; por Claudio Máximo, hombre de dulce carácter, cónsul, legado en Panonia, y procónsul en África, cuyo conocimiento, así como el de Rústico y Apolonio, agradecía Marco Aurelio sinceramente a los dioses.

Antes de morir el emperador Adriano designó como sucesor suyo a Antonio, a quien la posteridad conocerá con el apodo de el piadoso. Y como éste no tuviera hijos, le pidió que adoptara a Marco Aurelio y a su propio vástago, Lucio Vero.

Pocos hombres ejercieron sobre nuestro futuro emperador una influencia espiritual más intensa que su tío

político y padre adoptivo Antonio Pío. A nadie, ni siquiera a los dioses, consagra Marco en su obra tan conmovido y extenso reconocimiento. De él aprendió a ser clemente y, sin embargo, inquebrantablemente firme en la ejecución de las decisiones adoptadas tras un maduro examen. Él le enseñó a mostrarse indiferente a los honores, a amar el trabajo y la constancia, a estar siempre dispuesto a escuchar un buen consejo, a retribuir a cada uno según los méritos, a apreciar la sociabilidad y muchas otras cosas más. Durante los 23 años del gobierno del sucesor Adriano, lo más felices de Roma, pudo Marco Aurelio aprender a fondo el arte de gobernar y respirar la *suavitas morum* de su tío.

Desde que ascendió al trono Antonio en el año de 138, quedó Marco Aurelio vinculado a él en el aprendizaje de la virtud imperial. Investido con el título de Cesar, es decir, de príncipe heredero, hubo de dejar los jardines de Celio y trasladarse a vivir al monte Palatino. Contrajo matrimonio con Faustina, hija de Antonio, de la que tendrá numerosos hijos y, hasta la muerte de su suegro en 161, dividió el tiempo que no consagraba a su familia entre los asuntos del Estado y la dedicación a la filosofía.

Cuando sintió Antonio que se acercaba su última hora, hizo que trasladasen los aposentos de su hijo adoptivo, la estatua de oro de la Victoria, o Fortuna, genio tutelar del poder imperial. Simbolizaba el traspaso de poderes. Quedaba así excluido el mando supremo Lucio Vero, el otro hijo adoptivo de Antonio, a quien éste no había mencionado en sus decisiones. Contaba entonces Marco Aurelio 40 años. Lo primero que hizo al ser proclamado emperador fue conferir a su hermano adoptivo el título de Augusto, asociándolo en pie de igualdad completa, empeñado en compartir con él el poder imperial, no sólo por lealtad a la memoria de Adriano, sino también porque deseaba disponer de tiempo para atender su salud y dedicarse al estudio de la filosofía. Más tarde le concedió la mano de su hija mayor Lucila.

El ejercicio del mando supremo en nada alteró los hábitos ni el modo de ser de aquel hombre sencillo, familiar, asequible, de aquella alma recta, de aquel corazón generoso que era Marco Aurelio. Insensible a los halagos del placer y de la gloria, supo seguir en todo instante la pauta del deber. A las preocupaciones inherentes a su alta investidura no tardaron en sumarse las tristezas derivadas de los duelos, las calamidades, las epidemias, las guerras. No fue su reinado el periodo de paz imperturbada que él hubiera deseado. En aquello que cayó bajo su arbitrio gozó Roma de uno de sus periodos más felices, mas en lo que escapó a su decisión abundaron los desastres.

En el primer año de su gobierno se vio asolada Roma por una seria inundación del Tiber. A los estragos causados por las aguas en la ciudad y en la camina siguieron los producidos por los temblores de tierra. Los partos irrumpieron en Armenia y amenazaron con invadir Siria. Para detenerlos confió el mando de las legiones sirias a un general tan hábil como ambicioso y cruel, Avidio Casio, envió a su colega imperial a pacificar el Oriente. Ganada esta guerra, más por el arrojío de las armas romanas que por la destreza de Lucio Vero, las tropas que retornaban de Oriente aportaron los gérmenes de una peste que se propagó hasta el Rhin; las calles de Roma viéronse cubiertas de cadáveres y en las aldeas sucumbían por igual bestias y gente.

A la epidemia y al hambre siguió la insurrección de los marcomanos, pueblo bárbaro de la Germania del Sur, que aliados con otras tribus invadieron la Nórica y la Retia. La simple aparición del ejército romano bastó, por esta vez, para contener al invasor; negoció con el emperador y volvió a cruzar el Danubio. Estimando que la retirada de aquellas hordas tenía todas las trazas de una finta, decidió llevar más adelante su expedición defensiva Marco Aurelio. Fortificó los Alpes, inspeccionó las fronteras, reparó los caminos, llegó hasta el Rhin. Regresó, en pleno invierno a Roma, atravesando toda Venecia. Lucio Vero enfermó y falleció en el trayecto antes de cumplir los 40 años. El emperador condujo consigo el cuerpo de su hermano adoptivo para que se le dedicaran en Roma suntuosos funerales. Y, en su ingenua admiración filosófica por la virtud, aprovechó la ocasión para casar a la viuda Lucila con Pompeyano, a quien consideraba el hombre más justo del imperio.

Los bárbaros, por supuesto, hicieron poco caso de los tratados y se aprestaron a nuevas invasiones. Sería prolijo consignar las varias alternativas de esa lucha, que llegó a alcanzar perfiles de tragedia, con un frente de

batalla que se extendía a lo largo del Danubio, desde las costas del mar Negro hasta las fuentes del Rin.

En el 175, derrotados por completo, pidieron la paz de nuevo aquellos conglomerados de los pueblos bárbaros. Cuando estaba organizado los frutos de sus victorias fue informado Marco Aurelio de que se había sublevado Avidio Casio. Éste debelador de los partos y gobernador de Siria había hecho correr el rumor de que el emperador había muerto y las legiones a sus ordenes le habían proclamado sucesor. Antioquia y Alejandría, las ricas capitales de Siria y de Egipto, estaban ya por él. Para acabar con esta discordia inesperada, que amenazaba desgarrar la unidad del Imperio, partió Marco Aurelio a Oriente dispuesto a parlamentar con el usurpador y a cederle el Imperio sin tener que desvainar la espada, si el Senado o sus tropas convenían en que eso era lo mejor para bien público. Si no que, apenas se enteraron los soldados de Casio de que estaba vivo Marco Aurelio y de que habían sido engañados por su general, le dieron muerte. Ante los oficiales que cortaron su cabeza para ofrecérsela como presente, deploró el emperador que no le hubiesen dejado con vida para perdonarle y haber podido hacer un amigo ingrato. El perdón que no alcanzó a conceder a Casio se lo otorgó a las legiones sublevadas y a los amigos cómplices y parientes del culpable.

Sofocada la revuelta siguió viaje por diversas regiones del Oriente. En el otoño de 175 falleció su esposa que le acompañaba, aquella madre tierna y piadosa que le había dado trece hijos. El lugar mismo de su muerte edificó su tumba y un templo que perpetuase su memoria. Regresó por Atenas, donde se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, y testimonió de mil maneras su reconocimiento y su veneración hacia aquella ciudad capital, por tantos títulos, de la sabiduría. Y una vez en Roma celebró su triunfo, mas como aún guardaba luto por Faustina no quiso subir con Cómodo al carro triunfal, sino que le siguió a pie sin ningún aparato.

Su permanencia en Atenas acrecentó, si cabe, su afición a la filosofía. Se entregó con más ardor a su estudio, sin descuidar los intereses del Estado. No tardaron en resurgir conflictos bélicos, tan ajenos a su manera de ser. Una repentina erupción de la barbarie germánica devastó esta vez la Panonia a mediados del 178. Retrocedieron las legiones y hubo de infundirles ánimo la presencia del emperador. Bien poco sabemos de esta tercera campaña. Continuó dirigiendo las hostilidades hasta que a fines del invierno del 180 lo alcanzó la epidemia que diezmaba a su ejército. Antes de morir, en Sirmio o en Viena, recomendó a su hijo y sucesor a los miembros de su Consejo a sus compañeros de armas. Como las lágrimas surcaron los rostros de aquellos rudos combatientes, les interpeló Marco Aurelio. ¿Por qué lloráis? ¿No sabéis que no hago más que ir delante de vosotros a donde todos me volveréis a encontrar? Murió el 19 de abril del 180, a la edad de 58 años.

Tal fue la vida y la muerte de aquel emperador, todo bondad, cuyos 19 años de reinado constituyeron uno de los periodos más calamitosos del Imperio, por causas del todo ajenas a su voluntad. A aquel espíritu universal, tan amante de la paz y de la meditación, confióle el destino una misión gravosa y una existencia sin reposo. Mas a la ininterrumpida cadena de guerras y calamidades que devastó el Imperio supo oponer la serena fortaleza del carácter moral y del sentimiento del deber. Aquel señor del mundo vióse precisado a vender en cierto momento en pública subasta los tesoros imperiales para hacer frente a los gastos ocasionados por la formación de un ejército de esclavos, gladiadores y evadidos, destinado a la campaña contra los marcomanos y cuados. Desconcertante resulta la realidad de un hombre que rige los destinos de tan vasto Imperio y no dispone de una hora de paz en su pretorio ambulante. Con todo, escribe durante las horas de la noche, impulsado por un hábito contraído de muy joven, sus reflexiones sobre sí mismo y ante su conciencia. En Carnunto, como para evadirse del tumulto de sus jornadas plenas, vividas peleando, compone sus *Soliloquios*, esa admirable suma de experiencias y de vida, ese incomparable manual de conducta.

A pesar de que, en su modestia de filosofo y en su realismo de gobernante jamás se forjó ilusiones de poder realizar en este mundo la República de Platón, pocos han hecho tanto como él por encarnar un determinado ideal filosófico en su pueblo. Se esforzó por mejorar la condición de los esclavos, elevó la capacidad jurídica de la mujer, suavizó la dureza del derecho penal, alivió las cargas de la parte más menesterosa de la población, trato con equidad a las provincias, instituyó asilos públicos para la niñez desvalida, atenuó con equidad la crueldad de los espectáculos circenses y no perdonó ocasión para mostrar el desprecio que le inspiraban, protegió y favoreció a los filósofos, creando cátedras de filosofía sostenida por el Estado.

En las reflexiones de Marco Aurelio pasan lista de presentes casi todos los temas estoicos, con especial influencia de Epicteto. Menudean los reclamos a la interioridad: el bien habita dentro de nosotros; en vano lo buscaremos en el eterno fluir de la realidad múltiple. Hay que independizarse de las cosas externas a nosotros; la plenitud de la vida se realiza en la posesión de uno mismo, renunciando definitivamente al mundo de las pasiones y de la exterioridad. Cava en ti mismo; dentro está la fuente de todo bien. Vana e ilusoria es cualquier evasión: Van buscando retiro por el campo, por el mar, por la montaña; tú mismo sueles añorar tales lugares. Lo cual es propio de gente muy ignorante, pudiendo, a la hora que quieras recogerte en ti mismo. Porque en ningún otro lugar se encuentra el hombre con mayor tranquilidad y con menos afanes que en su alma. La mente humana no debe aturdirse ni dejarse engañar por la seducción mundana, sino seguir sencillamente los llamados interiores, que pueden resumirse en esto: sobre toda realidad vela una voluntad providente.

Atenerse a las exhortaciones de la conciencia significa atenerse a los preceptos divinos, vivir en relación con Dios. En esto estriba la felicidad, en objetivarse el hombre, reconcentrado en sí mismo, en Dios. Y, aunque Dios no existiera y fuese únicamente una ilusión, una exigencia del espíritu humano, resultaría igualmente justificada la renuncia y la resignación del sabio, aquella sublime indiferencia ante los acontecimientos que constituye, para Marco Aurelio como para todo el estoicismo, el fin de la vida humana. Si hay un Dios todo está bien, y si el mundo es regido por el azar procura no regirte por el azar a ti mismo. Pero es obvio que Marco Aurelio cree en la presencia inmanente de la divinidad, panteístamente considerada, en la humanidad antes que en cualquier otro sitio del universo. Vivir conforme al querer divino es amar a la humanidad y prodigarse a favor de ella; motivo éste que aproxima a Marco Aurelio al Cristianismo.

El hombre será sabio y feliz si rodea del mismo amor a todos sus semejantes, sin excluir a los débiles, a los equivocados, a los ingratos, ni siquiera a los enemigos, De él se exige una generosidad sin límites. Es propio del hombre amar incluso a quien le golpea. Recuerda que todos los hombres son parientes, que pecan por ignorancia y sin querer, que la muerte es asunto de todos y, sobre todo, que nadie puede dañarte, porque nadie puede hacer mella en tu razón. No se trata, pues, tan sólo de soportar al prójimo, sino de educarlo mediante la comprensión de su debilidad y con la constancia del ejemplo. El gozo del hombre ha de brotar, ante todo, de llevar a cabo acciones que sean útiles a la humanidad errante y doliente. El pensamiento de la muerte debe reforzar en nosotros el propósito de obrar bien. En cada uno de tus actos pregúntate a ti mismo: ¿Qué tiene que ver esto conmigo? ¿No tendré que arrepentirme de ello? Dentro de poco estaré muerto y toso habrá acabado. Si lo que estoy haciendo ahora es conforme a la naturaleza de un ser inteligente, semejante a Dios, ¿qué más puedo pedir?

Estúpido es el temor a la muerte. La muerte es un misterio sagrado de la naturaleza y hay que disponerse conscientemente a recibirla. Vano es pretender modificar el curso predestinado de las cosas; lo deseable es aceptarlo de buen grado, sin aspavientos, ni amargura. Cada instante de la vida es un adecuarse del mundo a la voluntad divina; de ahí que el hombre, poseedor de inteligencia, no deba limitarse a sufrir pasivamente el flujo de la realidad, sino que tiene que empeñarse en superar los errores y prejuicios, acuciado por la íntima convicción de que la vida es un don de Dios.

En Marco Aurelio encontramos dignamente realizada la síntesis de teoría y de práctica a que aspiraba el mundo romano, aportando su espíritu eminentemente práctico a la sabiduría contemplativa de los griegos. Pero el emperador filósofo no es demasiado representativo de la escuela. En contraposición con los antiguos maestros, se le escapa la interrelación de la ética y de la física en la Estoa.

Es, además, un pensador retraído, por lo que sólo influyó en círculos reducidos y aristocráticos. Su escepticismo y su alto rango imperial eran incompatibles con la popularidad, rasgo característico de Zenón y sus discípulos instalados al aire libre en la *Stoa Poikilé*. No puede, ni con mucho, compararse en este aspecto con las figuras conocidas e influyentes de Séneca y de Epicteto.

De Séneca, sobre todo, que supo dialogar con el pueblo tanto como los maestros más oídos. Quintiliano le

censura, así como a la juventud de su tiempo, por circular sus escritos en manos de todos con detrimento de la pureza estilística. Pero históricamente lo decisivo es que mientras Nerón obtenía triunfos efímeros, políticamente organizados, en las ciudades griegas, Séneca era el pensador admirado por el Occidente, en el momento en que empezaba a independizarse de la hegemonía cultural helénica.

A Marco Aurelio se le llama el último de los estoicos. Pero en siglo más tarde Porfirio y Longino hablan todavía de estoicos contemporáneos. En Atenas, Trifón estoico y platónico veía en Plotino un plagario de Numenio. Y en carta al mismo Porfirio habla Longino de los estoicos Temístocles, Febión, Annio y Medio.

Casi quinientos años duró, pues, la vigencia de la escuela estoica como tal. Pero su influencia se ha prolongado mucho más. Por algunos de sus rasgos, que se fueron acentuando más y más en las postrimerías, como son el espíritu de solidaridad humana, su idea de la religión y de la Providencia y su profundo interés ético, se fue convirtiendo en una de las expresiones más maduras del mundo grecorromano. Y de las más afines al Cristianismo, del cual se puede afirmar que hay en esos rasgos un presentimiento y una preparación. La leyenda misma de la correspondencia entre Séneca y San Pablo tiene, sin duda, su origen en esta semejanza de doctrina, que la leyenda interpreta y expresa en un hecho concreto.

Incalculable ha sido la fascinación que en todo tiempo ha ejercido en Occidente el ideal estoico. Ya dijimos que en Roma, especialmente en los siglos del Imperio, fue el estoicismo una escuela de coherencia moral, que sólo cedió su puesto a la más alta y plena coherencia y a la fuerza espiritual del Cristianismo. Los maestros del estoicismo romano eran todavía tales a lo largo de toda La Edad Media, cuya veneración por Séneca es de sobra conocida. Y entre los filones filosóficos que descubrirá el Renacimiento no podía faltar el de la Estoa, que dará pronto lugar a un estoicismo cristiano. La idea estoica de la liberación de las pasiones por la razón y la virtud es una dimensión constitutiva y eterna del *ethos*.